

Se llamaba y se llama Nieves

Javier Marías (Madrid, 1951) es un escritor, traductor y editor español. Es un autor relevante en el denominado **hibridismo/hibridación genérico-a**: consiste en una continua reflexión acerca del papel del autor en la creación literaria o sea acerca de las relaciones entre vida y literatura, entre autobiografía, ensayo y ficción. En las novelas “autoficticias” el autor comparte dos mundos, el de la realidad y el de la ficción, el de los hechos factuales y el de la imaginación desbordante. Asimismo, se recurre muchas veces a la intertextualidad y a la polifonía (varios narradores y/o puntos de vista)

Corazón tan blanco ha sido considerada por la crítica nacional e internacional como uno de los libros perdurables de la literatura contemporánea. “No he querido saber, pero he sabido que una de las niñas, cuando ya no era niña y no hacía mucho que había regresado de su viaje de bodas, entró en el cuarto de baño, se puso frente al espejo, se abrió la blusa, se quitó el sostén y se buscó el corazón con la punta de la pistola...” Este es el comienzo de *Corazón tan blanco*, cuyo protagonista y narrador es Juan Ranz. Traductor e intérprete de profesión y recién casado, en su propio viaje de novios, en La Habana, asomado al balcón, es confundido por una desconocida que espera en la calle, y, sin querer, escucha una conversación de hotel. A partir de entonces presentimientos de desastre envolverán su matrimonio. Pero la clave de ese malestar quizá esté en el pasado, pues su padre hubo de casarse tres veces para que él pudiera nacer.

Cerca de la casa de Ranz, es decir, cerca de la casa en que yo habité durante mi infancia y adolescencia, hay una papelería. En esa papelería empezó a despachar¹ muy pronto, a los trece o catorce años, una niña casi de mi edad, un poco más joven, la hija del dueño. Esa niña era preciosa, a mí me gustaba mucho, iba a la papelería casi a diario para mirarla, y en vez de comprar cuanto necesitaba de golpe, un día compraba un lápiz y otro día un cuaderno, la goma de borrar una tarde para volver a la siguiente por un tintero². Inventaba mis necesidades, se me fueron demasiadas pagas³ en aquella papelería. También remoloneaba⁴ al irme y silboteaba⁵ mientras esperaba a ser atendido⁶, como lo hacen los chicos de mi edad de entonces, procuraba⁷ que me atendiera ella y no el padre o la madre, me entretenía⁸ más de la cuenta y me duraba el contento la noche entera si recibía una sonrisa o mirada amable o al menos interpretable, pero sobre todo me iba contento pensando en el futuro abstracto, todo estaba aplazado⁹, ella estaba allí una tarde tras otra, siempre localizable, y no había motivo para que el futuro se hiciera concreto y dejara de ser futuro. Mi edad de entonces fue siendo otra, y también la de la chica, que creció y siguió siendo preciosa durante varios años. No le hablaba cuando ambos íbamos al colegio y seguí sin hablarle más tarde, primero no me atrevía y luego se había pasado el tiempo, es lo malo del futuro abstracto cuando se queda en eso: aunque la miraba, andaba ocupado en otras cosas y en el variable presente, ya no iba tanto por la papelería. Nunca le dirigí la palabra más que para pedirle papel y lápices, carpetas¹⁰ y gomas y darle las gracias. No sé cómo es, por tanto, cuál es su carácter ni qué gustos tiene, si su conversación es grata¹¹ ni su humor bueno o malo, lo que piensa sobre ningún asunto, si se ríe ni cómo besa. Sólo sé que la amaba a los quince años como se suele amar entonces. Pero además de eso me atrevo a decir que su manera de mirar y de sonreír (su manera de entonces) merecían ser amadas para siempre, y eso ya no dependía de mis quince años, sino que lo digo ahora. Se llamaba y se llama Nieves. Ahora han pasado otros quince o más desde que ya no vivo en la casa de Ranz, pero a veces he entrado en la papelería por la costumbre no del todo perdida de comprar allí algo, y siempre a lo largo de estos años, me he ido encontrando a aquella niña que ya no era niña, la he visto a sus veintitrés, y a sus veintiséis, y a sus veintinueve, y a los treinta y tres o cuatro que tendrá ahora. Poco antes de casarme con Luisa la vi un día, es una mujer aún joven, lo es necesariamente porque supe su edad desde siempre, aproximadamente, y era poco inferior a la mía. Lo es necesariamente pero no lo parece, ya no es preciosa y no sé por qué no, ya que está todavía en edad de serlo. Seguramente lleva demasiados años metida mañana y tarde en esa papelería, despachando su material a niños que ya no la ven como a su igual ni como a su amada, sino como a una señora desde hace tiempo.

Javier Marías, *Corazón tan blanco*, 1992

¹ Despachar: *servir*

² Un tintero: *un encrier*

³ Las pagas: *l'argent de poche*

⁴ Remolonear: *traîner, prendre son temps*

⁵ Silbotear: *siffloter*

⁶ Atender (je) = *servir un client*

⁷ Procurar que + subjuntivo: *faire en sorte que*

⁸ Entretenerse: *ici, s'attarder*

⁹ Aplazado: *remis à plus tard*

¹⁰ La carpeta: *la chemise (le dossier)*

¹¹ Grato = agradable